

lla parte, familias agrupadas en azoteas, rebaños de cabras y ovejas que pacen en los altos prados, caballeros que galopan á lo largo de la playa, caravana de camellos que desfila por las cumbres de las colinas, destacando con claridad sorprendente sus raros contornos en el azul purísimo del cielo...

Quando ménos se piensa, hé aquí que el Bósforo se ensancha, y al cambiar la escena, nos hallamos de nuevo entre dos bahías, en el centro de vasto lago.

A la izquierda, la bahía es estrecha y profunda, girando en ella la poblacion griega Istenia; Sosthenios, por el templo y la estatua alada que allí erigieron los Argonautas, en honor del Génio tutelar que les concedió la victoria en la lucha contra Amico, rey de Bebrice. Gracias á una ligera curva que describe el barco en direccion de Europa, divisamos perfectamente los cafés y las casitas enfiladas á lo largo de la ribera, las diminutas alquerías diseminadas entre olivares y viñedos, el valle que se adelanta hasta el puerto, el pequeño torrente que se precipita desde la altura y

la famosa fuente moruna de mármol blanco á la sombra de robustos y añosos árboles, viéndose por todas partes pescadores cargados con sus redes y mujercitas griegas con el cántaro en la cabeza.

Frente á Istenia, sobre la bahía asiática descuellan el villorrio turco de Cibulkú, donde tenía su asiento el renombrado convento de los Vigilantes que cantaban y rezaban sin interrupcion dia y noche.

De uno á otro bando, está lleno el Bósforo de memorias de cenobitas y anacoretas fanáticos del siglo V, que errantes por las colinas iban cargados de cruces y de cadenas, atormentándose con cilicios y collares de hierro, ó que permanecían semanas y meses inmóviles en lo alto del capitel de una columna, ó en la copa de un árbol, y á cuyos piés iban á postrarse, á ayunar, á orar, á golpearse el pecho, príncipes, soldados, magistrados y pastores, invocando una bendicion ó un consejo, como una gracia del mismo Dios.

Pero es irresistible el poder singular que posee el Bósforo de desviar la atencion del viajero, de los tiempos pasados, al recorrer las aguas. Todos los recuerdos, todas las imágenes, las más sublimes, las más tristes, que pueda suministrar la leyenda, la historia de aquellos parajes, quedan ofuscadas, estoy por añadir sepultadas por la prepotente y prodigiosa vejetacion; aquel despilfarro de festivos colores, aquella exuberancia de

vida, aquella juventud poderosa y soberbia de la sublime y risueña Naturaleza.

Se requiere esforzarse para convencerse de que en aquellas aguas, en medio de tanta belleza hechicera, hayan podido combatir furiosamente, enardecerse y ensangrentarse las flotas de los búlgaros, de los godos, de los hérulos, de los bizantinos, de los rusos y de los turcos. Los castillos mismos que coronan las colinas, no expresan ni aun remotamente la idea ni el sentimiento del terror poético que inspiran en otros sitios las ruinas de aquella Naturaleza; y mejor parecen decoración artificial del paisaje, que monumentos de construcción militar, que un día vomitaran muerte y exterminio.

Todo se halla como envuelto en un tinte de dulzura y languidez, que no despierta sino pensamientos serenos y la aspiración tranquila del goce de la paz.

Más allá de Istenia, se alarga todavía el Bósforo, y el buque arriba en pocos minutos á un

punto donde se disfruta del más estupendo panorama que percibieron los sentidos.

Mirando á Europa, tenemos delante la pequeña ciudad griega y armenia de Jeni-Kioi, reclinada á la falda de empinado cerrillo cubierto de viñedos y de pinos, y á lo largo de saliente arco, sobre ribera ríscosa contra la cual rompen las olas con horrísono bramar; y algo más allá la bellísima bahía de Kalender, cuajada de barquillas, circundada de casetas con jardincillos y enguinaldada por una eterna primavera, presidida por elegante terrado de un kiosco imperial.

Al volvernos, se nos presenta la otra orilla, donde se encorva en grande arco, que constituye un maravilloso anfiteatro de colinas, aldeas y puertos. Es Inchir-Kioi, el pueblo de las higueras, y á su lado Sultanié, oculto en el fondo de la selva; luego el poblachon de Beikos, rodeado de huertas, viñas y nogales, reflejándose en el más bello golfo del Bósforo, que es donde el rey de Bebrice fué vencido por Polluce y donde se hallaba situado el laurel prodigioso que enloquecía á cuantos tocaban sus hojas. Y más allá de Beikos, Iali, la antigua Amea, reducida hoy á monton de flores amarillas y encarnadas sobre verde tapiz.

Pero todo esto es únicamente el boceto del gran cuadro.

Es menester imaginar las formas indescripti-

blemente gallardas de tales lomas, que dan ganas de acariciar con las manos; de aquellos innumerables pueblecitos anónimos colocados allí por la mano de notable pintor; aquella vejetacion de todos los climas, aquella arquitectura de todos los países, aquellas escalinatas de cascadas, aquellos anfiteatros de huertos, aquella sombra oscura, aquellas mezquitas brillantes, aquel azul salpicado de blancas velas ó blancas nubes, y aquel cielo iluminado con los calientes tonos de la puesta del sol!!!...

* * *

• Pero llegado á aquel punto, experimenté el mismo fenómeno que todos los viajeros: ¡estaba saciado ya!

Cansa la interminable sucesion de líneas blancas, de colores placenteros. ¡Tanta alegría monótona adormece!

Se quisiera ver surgir de pronto de aquellas suaves colinas una montaña escabrosa, deforme, inmensa, ó que empezaran las playas á ser áridas y largas, y solitarias, y tristes, y sin límites, y

desiertas, y hasta agradecería ver á todos lados restos de furibundos naufragios...

Y para variar, no se nos brinda ahora sino con las aguas.

El Bósforo parece continuado puerto, por donde cruzan constantemente buques acorazados de la armada otomana, entre bosques de mástiles de flotas de todos los países, y barcos mercantes de todas las naciones. Ahora pasan pintadas velas, ahora popas historiadas, ahora bordas extrañas, donde se notan arandelas caprichosas correspondientes á camarotes, ahora embarcaciones extravagantes del gusto antiquísimo y originarias de los puertos asiáticos del mar Negro, ahora ligeras corbetas elegantes de las embajadas... Aquí hien-den las aguas navegando veloz como saeta, barquillas de vela de los señores que corren en competencia á la vista de multitud de espectadores que observan desde la playa. Allí se deslizan falúas de diversa índole literalmente ocupadas por toda especie de gente, atracando en las infinitas radas; los cáiques dorados de los bajás, se entrecruzan por lanchones desmesurados que cargan y descargan mercancías; las lanchas y bergantines empavesados pasan al borde de los míseros barquichuelos de pescadores; los monitores, piróscafos, correos mensajeros de Constantinopla embarcan y desembarcan pasajeros á cada instante, navegando por el anchuroso canal en continuo zig-

zag, á fin de tocar sucesivamente de estacion en estacion. Y como nuestro buque camina serpeando por las aguas, el que vá sobre cubierta se hace la ilusion de que aquella confusion gira á su alrededor... y los promontorios aparecen y se sepultan cual si vara mágica los conjurase, y las montañas cambian de forma inesperadamente, los pueblos se presentan y se esconden, saludan y se sumergen: y ante nosotros, y á nuestra espalda, el Bósforo se abre y se cierra como lago en torbellino, y deja contemplar panoramas y los arrebatá á nuestra vista con igual precipitacion; y ora nos hallamos reclusos en una cuenca, que parece se cerró á nuestro paso; ora se opera por encanto una abertura, convirtiéndola en concha; ora nos ofrece el estrecho ó una barra, y luego, á las diez palabras que se cambiaron con el vecino, salvamos la angostura, y hénos de nuevo entre anchísimo cinturón de verdes colinas, sin saber cómo ni cuándo se podrá salir... Pero se sale, y nuevos puertos, nuevos lagos, nuevas luces, nuevos colores se suceden en vertiginosa fuga, ofreciéndonos el eterno paraíso de las dos soberbias orillas.

* * *

Estamos entre la bahía de Terapia—Farmacia, por los venenos de Medea —y la bahía de Hundicar-Iskelessi, *la cala de los Sultanes*, ó sea la pequeña ensenada donde se firmó el año de 1833 el célebre tratado que cerró el paso de los Dardanelos á las flotas extranjeras.

En este punto, el espectáculo del Bósforo alcanza su penúltimo grado de belleza.

Terapia es la más espléndida villa que adorna las márgenes del Bósforo despues de Buyukderé y en el valle que abre sus brazos tras la bahía de Hundicar-Iskelessi es el más verde, más lindo y más poético que se admira entre el Mármara y el Negro. Terapia yace á los piés de una empinada cordillera, y en el fondo de la profunda ensenada que le sirve de puerto, llena siempre de embarcaciones, y en donde desemboca la pequeña cuenca de Krio-negro, donde otros barrios de la villa se recuestan en el verde musgo. Las márgenes del agua se hallan sembradas de pintorescos Cafés que avanzan sobre las ondas, gracias á la construccion de los mismos, de albergues elegantes, de casitas deliciosas y de alamedas altísimas que dan sombra á plazuelas y fuentes. En estas planicies levantan su ornamental frente los monumentos más ó menos lujosos de las embajadas de Francia, Italia é Inglaterra, y preside á todas estas construcciones, lujoso kiosco imperial. Y por todas las colinas dibujan sus aéreos contornos, azoteas,

jardines, quintas y bosques; gente ataviada con vivos colores hormiguea entrando y saliendo en los cafés, en el puerto, en la playa, por los altos senderos como pequeña población de pequeña metrópoli en día de fiesta.

En el lado asiático, por el contrario, todo es paz, quietud y reposo. Hunchiar-Iskelessi, residencia predilecta de los armenios ricos de Constantinopla, duerme entre los plátanos y los cipreses, al borde de las aguas su diminuta ensenada apenas cortada por la quilla de contadísimos barquichuelos furtivos. Más allá de la aldea ostenta su cabeza solitaria el soberbio kiosco de Abdul-Azís, y á la espalda del mismo, entre una inextricable selva de verdadera vejetacion tropical, aparece el desfiladero favorito del Gran Bajá, que consiste en un valle misterioso que encierra antiguos arcanos y profundos misterios.

* * *

Pero toda esta belleza queda reducida á la nada una milla más allá, cuando el barco enfile el golfo de Buyuk-deré.

Aquí se muestra en todo su incontrastable po-

derío la suprema majestad y la gracia suprema del Bósforo.

En este paraje, el que ya se había cansado de contemplar tanta maravilla y había pronunciado irreverentemente palabras de desden hácia tan extraordinario panorama, se destoca y pide humilde el perdon de su error. Se halla uno en el centro de vastísimo lago coronado de magníficas perspectivas que inspira el deseo de recorrerlo paso á paso bailando como los dervises para admirar pormenor por pormenor.

Sobre la orilla europea, alrededor de profundo golfo donde vá á morir la corriente en blandas ondulaciones hasta la orla de las montañas, alárgase la ciudad de Buyuk-deré, distribuida en innumerables edificios aislados, coloreada por extraordinaria aureola de flores, como si el cuerno de la abundancia hubiese derramado frutas y plantas con pródiga mano sobre las pendientes. La ciudad se extiende en direccion de la derecha hasta microscópico seno, que viene á ser como un golfo en el golfo, y en él se asienta la aldea de Kefele-Kioi, amparada en el verde manto de anchuroso valle, cuyo tono oscuro rompe de trecho en trecho, casitas blancas. Por allí se sigue al gran acueducto de Mahmud hasta la floresta de Belgrado.

Segun la tradicion, allí acampó el año de 1096 el ejército de la primera cruzada, y á uno de los

siete gigantescos plátanos, á los cuales debe su fama este paraje, se le puso el nombre de plátano de Godofredo de Bullon.

Pasado Kefele-Kioi, comienza otra bahía verde de cipreses y blanca de casas, desde donde todavía se divisa Terapia. Siguiendo con la vista hácia atrás, se distingue todo el lado asiático, produciendo un sentimiento agudísimo de sorpresa y estupor. Tenemos delante el monte más alto del Bósforo: la montaña del gigante, de forma piramidal, ve de tambien, donde yace el sepulcro famoso llamado por las tres leyendas *el lecho de Hércules, la fosa de Amico y la tumba de Josué, juez de los hebreos*. Hoy lo custodian perennemente dos dervises, y lo visitan los musulmanes enfermos que van á depositar girones de sus vestidos.

El monte levanta sus faldas cubiertas de árboles y arbustos, á partir desde las ondas, en el sitio en que arranca la linda bahía de Umuryerí, entre dos promontorios verdosos manchados por los cien colores de casas que constituyen un pueblo musulman, disperso caprichosamente en toda la extension de las ondas, y al cual sirven de alas otros grupos de pequenísimas construcciones, diseminadas como mariposas que revolotean por las praderas, ó corolas arrojadas al viento desde la cumbre del Gigante.

Pero el sublime panorama no se limita á tan reducido círculo.

Recto ante nosotros brilla el mar Negro; y volviéndonos hácia Constantinopla, todavía se distingue Terapia, allá en lontananza, violácea y confusa, y en un pálido carmin envuelta, la ensenada de Kalender, y en un tono morado Kien-Kioi, Inchir-Kioi, Sultanié, que más bien semejan trozos de un mundo remoto é imaginario, que no pedazos de verdaderas perspectivas. El sol comienza á trasponer; la ribera europea principia á velarse entre azuladas y cenicientas sombras; la orilla del Asia conserva todavía algunos instantes sus tintas calientes de oro y bronce; relampaguean las aguas; pelotones de barquichuelos cargados de maridos y amantes provenientes de Constantinopla, parecen ramos de flores que arrojan las aguas hácia las orillas; de los cafés de Buyuk-Deré llegan á nuestros oídos sonos interrumpidos de música y canto, que las interferencias del aire traen á nuestros sentidos en caprichosas frases; las águilas voltean sobre las cimas de la Gigante montaña; las blancas aves marinas revolotean á lo largo de las playas, desflorando con las puntas de sus alas la tersa superficie del cristal de las aguas; los alciones rozan la blanca orla de las pequeñas ondas; los delfines siguen como cortejo á nuestro barco formando doble estela... el aire fresco del mar Negro acaricia nuestro rostro... ¿En dónde estamos?... ¿A dónde vamos?... ¡Es un momento de ilusion y de embria-

guez, en el cual los recuerdos de cuanto vimos por espacio de dos horas sobre entrambas orillas del Bósforo, se confunde en la mente como imágenes de una única ciudad prodigiosa, diez veces más grande que Constantinopla, habitada por pueblos de toda la tierra, privilegiada con todos los favores de Dios, y abandonada á perpétua fiesta, que llena nuestra alma de tristeza y de envidia!!

*
*
*

Hé ahí la última vision.

El buque sale rápidamente fuera del golfo de Buyuk-deré.

Vemos á la izquierda el villorrio de Sariyer, circundado de cementerios, cuya ensenada la forma el entrante del antiguo promontorio Simas, donde en otro tiempo se levantara el templo á *Vénus Meretriz*, objeto de particular culto de los navegantes griegos. Sigue la aldea de Jeni-Makallé. Luego el fuerte de Teli-Tabia, que sirve de vis á vis á otra pequeña fortaleza colocada sobre la orilla asiática á los piés del Gigante. Viene á seguida el castillo de Rumili-Cavak, que señala su severa silueta en el cielo, sonrosada por los úl-

timos resplandores del crepúsculo. Frente á Rumili-Cavak alza su corona otro fortin en la opuesta orilla, que hace terminar en punta el pico donde surgiera el templo de los doce dioses, construido por el arjivo Frigos próximo al de Júpiter, «distributor de los vientos propicios», fundado por los Calcedonios y convertido más tarde por Justiniano en una iglesia consagrada al arcángel San Miguel.

Aquel es el sitio donde el Bósforo se estrecha por última vez, entre el extremo contrafuerte de las montañas de Bitinia, y la extrema punta de la cadena del Hemus, considerado siempre como la primera puerta del canal, para defenderse contra las invasiones del Setentrion, y teatro por esto de obstinadas luchas entre bizantinos y bárbaros, entre venecianos y genoveses. Dos castillos genoveses situados uno enfrente del otro, y entre los cuales se extendía fuerte cadena de hierro que cerraba el canal, muestra todavía confusamente sus torres y sus fortificaciones en ruinas. Desde aquel punto, el Bósforo se encamina recto al mar, ensanchándose gradualmente; las dos márgenes son altas y escarpadas como enormes bastiones de fortaleza, no viéndose sino de cuando en cuando algun que otro grupo de mezquinas casas, alguno que otro torreón solitario, tal cual ruina de monasterio.

Despues de largo trayecto, vemos aún cente-

llear en la orilla europea las vagas luces de Bu-yuk-Liman, insignificante pueblo, y en el opuesto lado el faro de una fortaleza que domina el promontorio del Elefante; luego la gran mole de rocas de la antigua Gipopoli, donde existiera el palacio de Fineo, infestado por las Arpías; y á derecha, enfrente, otra fortaleza, la del cabo Poiráz que se nos muestra como recortada mancha oscura en el ceniciento cielo.

Aquí ya las orillas están muy alejadas entre sí; el canal adquiere aspecto de gran golfo, la noche descende, el áura marina gime entre el cordamen del buque y el triste *mare cimmerium* extiende á nuestros ojos su infinito y lívido horizonte inquieto.

Pero el pensamiento no se puede todavía desprender de aquellas riberas llenas de poesía y de recuerdos, no contradichos por la sublimidad de la Naturaleza, y vuela á izquierda á los piés de los pequeños Balkanes, en busca de la torre de Ovidio desterrado, y la maravillosa muralla de Anastasio; vaga á derecha por vastos terrenos volcánicos á través de selvas infestadas de jabalíes y chacales, que corren en medio de las tiendas de campaña de un pueblo salvaje y cuasi ignoto, cuyas extrañas sombras se nos figura que vienen á proyectarse hasta la alta ribera, dirigiéndonos imprecaciones y deseándonos un desgraciado viaje sobre la *fera litora Ponti*.

Dos puntos luminosos rompen por última vez la oscuridad como ojos ardientes de dos cíclopes colocados de centinela en el hechizado estrecho: el Anaduli-Fanar, el fanal de Asia, á la derecha, y el Rumili-Fanar á la izquierda, á los piés del cual nos muestran todavía vagamente las Simplegades fabulosas, en las sombras de la orilla, los perfiles retorcidos y atormentados de sus extrañas rocas.

A poco, las dos márgenes de Asia y Europa, se reducen á dos tiras negras, y despues *quocumque adspicias nihil est nisi pontus et aer*, como cantaba el pobre Ovidio.

Pero la veo todavía á mi querida Constantinopla tras de aquellas dos separadas líneas negras; la veo más grande y más luminosa que nunca la ví desde el puente de la Sultana Validé, ó desde las alturas de Scutari, y le hablo, y la saludo, y la adoro como á la última y más querida vision poética de mi juventud, que empieza á trasponer su ocaso...

Pero un golpe de mar me salta á la cara de improviso y me echa por tierra el sombrero.—Me despierto—miro alrededor—la proa está desierta, el cielo nubloso; el viento rígido de otoño hiela mis huesos; mi buen amigo Yunk me ha abandonado enfermo del mal de mar; ya no siento sino

el retintín de la cristalería del buque, y los golpes de mar en las bordas, y los golpes de piston de los émbolos en la máquina. El buque vuela dejando tras sí hirviente estela en el luchar á brazo partido con las ondas. La noche ha cerrado por completo. La oscuridad es profunda.

¡Mi bello sueño oriental ha concluido!

FIN DEL TOMO II Y DE LA OBRA.

ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.

	PÁGINAS.
Las Turcas.....	5
Ianguen var.....	83
Las murallas.....	119
El antiguo Serrallo.....	165
Los últimos dias.....	237
Las mezquitas.....	238
Las cisternas.....	243
Scutari.....	245
Palacio de Ceragan.....	249
Eyub.....	254
Museo de los genízaros.....	258
Los turbé.....	262
Los dervises.....	266
Ciamligiá.....	269
Últimos dias.....	273
Los turcos.....	275
El Bósforo.....	299